

# NEW LEFT REVIEW 98

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - JUNIO 2016

EDITORIAL		
SUSAN WATKINS	Nuevas oposiciones	7
ARTÍCULOS		
LUC BOLTANSKI Y ARNAUD ESQUERRE	La vida económica de las cosas	37
JOE TRAPIDO	El juego del poder en Kinsasa	65
ZÖE SUTHERLAND	Conceptualismos globales	91
SUHAS PALSHIKAR	El hombre común de la India	125
CRÍTICA		
NEIL DAVIDSON	Un filósofo escocés	143
DAVID LAU	La poética de la resistencia	154
IAN BIRCHALL	La capital de los parias	169

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES  
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de  
Educación Superior,  
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Michael Goebel, *Anti-Imperial Metropolis: Interwar Paris and the Seeds of Third World Nationalism*, Nueva York, Cambridge University Press, 2015, 344 pp.

IAN BIRCHALL

## LA CAPITAL DE LOS PARIAS

En 1945 Francia gobernaba un vasto imperio colonial, el segundo después del británico, por tamaño y por brutalidad. Pero mientras que Gran Bretaña disponía de su imperio sin que tuviera ninguna repercusión seria sobre la política interna, Francia libró dos salvajes guerras coloniales, en Indochina y Argelia, antes de retirarse derrotada a principios de la década de 1960. Exceptuando un breve intervalo de unos meses, entre 1946 y 1962 Francia estuvo en guerra permanente. Esos conflictos dominaron y finalmente destruyeron a la Cuarta República, y dieron a Francia la Constitución que conserva en la actualidad. El país todavía vive a su sombra: el Frente Nacional sería bastante incomprensible sin el contexto argelino. Cuando demagogos ignorantes culpan a los «inmigrantes» de todos los males de Francia, olvidan que muchos musulmanes franceses son descendientes de aquellos que llegaron a la metrópolis cuando Argelia todavía era parte de su territorio nacional. El fascinante estudio de Michael Goebel nos llama la atención sobre un aspecto importante de esta historia, el que las rebeliones que finalmente acabaron con el imperio francés estuvieron en cierta medida preparadas en el mismo corazón del imperialismo francés, la ciudad de París. Goebel, que da clases en la Universidad Libre de Berlín, tiene una formación en historia de América Latina: su primer libro, *Argentina's Partisan Past* (2011), abordaba el papel de la historiografía argentina en la construcción de la identidad nacional. Aquí, sostiene que la migración a la metrópolis colonial francesa fue el «cimiento social» para la formación de

una conciencia antiimperialista que transformó el mundo a partir de 1945. Realmente, llega al extremo de afirmar que el mismo concepto de «Tercer Mundo» –un término acuñado en la década de 1950 que tuvo una enorme influencia sobre el pensamiento político de la siguiente– realmente se originó entre los migrantes activistas de las décadas de 1920 y 1930, a partir de «la idea de una solidaridad antiimperialista que abarcaba varios continentes».

A principios de la década de 1920, Nguyễn Ái Quốc –posteriormente conocido como Hồ Chí Minh, el dirigente comunista vietnamita y el héroe de incontables consignas en las manifestaciones de la década de 1960– era el editor en Francia de *Le paria*, un periódico dirigido a las víctimas del colonialismo, ya fueran migrantes en Francia o permanecieran en su país. En esa misma década, uno de esos migrantes, que se radicalizó a la sombra de la campaña electoral del Partido Comunista Francés, fue un joven obrero argelino, Messali Hadj; se convirtió en uno de los fundadores del Étoile Nord-Africaine, a partir del cual se desarrollaron todos los posteriores movimientos a favor de la independencia de Argelia, aunque en la década de 1950 el propio Messali se vería envuelto en una trágica y mortífera disputa con los dirigentes del Front de Libération Nationale (FLN). Si bien estos dos hombres son los más conocidos, Goebel nos presenta una impresionante lista de militantes antiimperialistas que vivieron en París durante los años de entreguerras y adquirieron allí gran parte de su perspectiva política. De Argelia estaba Ferhat Abbas, más tarde figura destacada del FLN. De Vietnam, junto a Hồ, estaba el militante trotskista Ta Thu Thâu, que tenía muchos seguidores en la década de 1930 y fue asesinado por el Việt Minh en 1945. Senegal contribuyó con Lamine Senghor, uno de los más destacados organizadores y escritores negros del PCF hasta su prematura muerte en 1927. Otros vinieron de países que no habían sido colonizados por los franceses. Zhou Enlai y Deng Xiaoping estaban entre los «trabajadores-estudiantes» chinos en el París de la época, mientras que Indonesia envió a Arnold Mononutu, que más tarde desempeñó un papel importante en organizar la conferencia de Bandung de 1955, que reunió a las naciones recién independizadas de África y Asia. De América Latina procedía el marxista peruano José Carlos Mariátegui, sin olvidar a dos de sus compatriotas, el escritor César Vallejo y el político Víctor Raúl Haya de la Torre. Además de estas destacadas figuras, Goebel también ha identificado a algunos personajes importantes que han desaparecido en gran medida de la historia, como el destacado activista Hadj Ali Abdelkader, un colaborador habitual de *Le paria*, quien, como uno de los pocos trabajadores norteafricanos que tenían la ciudadanía francesa, fue candidato del PCF y fundó el Étoile Nord-Africaine junto a Messali Hadj. Siguió siendo un musulmán practicante mientras era miembro del comité central del PCF.

A finales de la década de 1920, había cien mil no europeos viviendo en París, cifra superior a la de cualquier otra ciudad europea. Durante el transcurso de la Primera Guerra Mundial, alrededor de setecientos cincuenta mil súbditos coloniales habían sido trasladados a Francia como soldados o trabajadores; aunque una nación desagradecida hizo todo lo posible por repatriarlos, algunos se quedaron o volvieron. Buena parte de los restantes eran estudiantes, pero también había muchos trabajadores norteafricanos en la fábrica de Renault y en otras grandes empresas: una fuente afirma que en 1930 alrededor de una cuarta parte de la mano de obra de Renault-Billancourt había nacido fuera del país. La población inmigrante incluía trabajadores-estudiantes chinos, como Zhou y Deng, que combinaban sus estudios con intervalos de trabajo en fábricas y así tenían un contacto directo con trabajadores franceses y migrantes. Naturalmente los inmigrantes de determinados países formaban sus propios círculos, pero había un elevado grado de interacción entre los diversos grupos nacionales que aprendían de los demás mientras lentamente desarrollaban estrategias para combatir el imperialismo.

Goebel describe un vívido y detallado cuadro de la vida diaria de varias de las comunidades de inmigrantes en París durante los años de entreguerras. Había un rico tejido cultural. Las actuaciones musicales permitían a los migrantes mantener contacto con sus culturas nativas, pero también alentaban la colaboración por encima de fronteras nacionales. En 1936, un concierto para recaudar fondos en apoyo de Etiopía, que se enfrentaba a la agresión italiana, reunió a músicos de las Indias Occidentales, creoles, italianos y árabes. El autor también se fija en cómo se desarrollaron las relaciones personales. No sorprende que en aquella época la gran mayoría de los migrantes fueran varones, tanto estudiantes como trabajadores. De ahí la aparición de burdeles dirigidos a migrantes, pero también, y más significativamente, el desarrollo de estrechas relaciones personales entre migrantes y mujeres francesas. El arraigado racismo significaba que aunque la cohabitación estaba relativamente extendida, los matrimonios eran escasos. Sin embargo, un sorprendente número de aquellos que encabezaron movimientos anticoloniales estaban casados con mujeres francesas. Se dice que Lamine Senghor dijo que «le resultaba más amarga la condición de los negros, porque él estaba casado con una mujer blanca».

Pero si Goebel acertadamente ve que las complejidades de la cultura y de la vida diaria proporcionan un contexto esencial, también enfatiza la centralidad de la política, señalando las maneras en las que la vida privada estaba politizada y mostrando que «las preocupaciones sociales diarias de los coloniales en la metrópolis» estaban «entrelazadas con la política anticolonial». Para la mayoría ello significaba la política del comunismo. Es cierto que algunos militantes antiimperialistas se vieron atraídos por el nacionalismo

de la extrema derecha europea y mostraron algunas simpatías por el pensamiento fascista, ignorando su inherente racismo. Pero para los jóvenes migrantes que estaban intentando comprender el mundo en que vivían y un medio de transformarlo, fue el Partido Comunista el que parecía ofrecer un camino para el futuro. El PCF se fundó en 1920; el joven Hô Chí Minh habló en su congreso inaugural. Entre las famosas «21 condiciones» para que cualquier nuevo partido se afiliara a la Internacional Comunista, había una que imponía las siguientes obligaciones:

Los partidos en los países cuyas burguesías posean colonias y opriman a otras naciones deben desarrollar una política bien definida respecto a las colonias y a las naciones oprimidas. Cualquier partido que desee unirse a la Tercera Internacional debe exponer implacablemente las maquinaciones coloniales de los imperialistas de su «propio» país, debe apoyar –con hechos, no simplemente con palabras– a todo movimiento colonial de liberación, pedir la expulsión de sus compatriotas imperialistas de las colonias, inculcar en los corazones de los trabajadores de su propio país una actitud de verdadera hermandad con la población trabajadora de las colonias y naciones oprimidas, y realizar una sistemática agitación entre las fuerzas armadas contra toda opresión de los pueblos coloniales.

El atractivo del comunismo debe entenderse en términos de las contradicciones del imperialismo francés. Para los jóvenes migrantes, París ofrecía una experiencia liberadora: había organizaciones políticas, reuniones y también los *cafés maures*, que servían comida del norte de África y donde los trabajadores argelinos se reunían para quejarse de sus condiciones de trabajo y discutir de política. Los *cafés* demostraron ser un fértil terreno de reclutamiento para el Étoile Nord-Africaine. La capital francesa ofrecía contacto con intelectuales y activistas de la izquierda. Francia era la tierra natal de la Revolución, la que había adoptado como su máxima *liberté, égalité, fraternité* y utilizado esos principios para justificar su «misión civilizadora» por todo el imperio francés. Sin embargo, este mismo imperio era profunda e institucionalmente racista. Los migrantes activistas se veían mantenidos bajo una constante y generosamente financiada vigilancia y sus organizaciones estaban muy infiltradas, hasta el absurdo extremo de que agentes encubiertos enviaban informes sobre otros agentes. Sin embargo, la fuerza de las ideas radicales era tan fuerte que podía haber un tráfico de dos direcciones en esta cuestión: Senghor empezó como informador de la policía, pero se quedó tan impresionado por aquellos sobre los que informaba que se convirtió en uno de los escritores y organizadores más eficaces del PCF.

El racismo francés era más claramente visible en el caso de Argelia. Constitucionalmente no era una colonia, sino una parte integrante de la Francia metropolitana. Sin embargo, la gran mayoría de los nativos musulmanes que vivían allí no eran ciudadanos franceses, eran simples «súbditos»

que no disfrutaban de todos los derechos políticos. Existía un complejo procedimiento para alcanzar la ciudadanía, incluyendo la valoración de la policía y un rechazo de la aplicación de la ley coránica. En 1939 apenas seis mil musulmanes argelinos habían adquirido la plena ciudadanía. El resto estaba sometido al «Código nativo», en vigor hasta después de la Segunda Guerra Mundial, que criminalizaba cualquier forma de insubordinación o rebelión.

La primera organización que apareció fue la Union Intercoloniale, formada por el PCF en 1921, que publicaba *Le paria*; pronto siguieron otros grupos y periódicos. Inicialmente sus demandas eran bastante modestas. Los migrantes activistas trabajaban estrechamente con el movimiento obrero francés, considerándolo su aliado natural. Muchos habían desarrollado relaciones personales con activistas franceses; a menudo pensaban que la reforma era el camino para avanzar en vez de una ruptura completa con París. La reivindicación de independencia nacional cristalizó gradualmente a la vista de la inflexibilidad francesa. En 1919 los activistas vietnamitas estaban pidiendo una amnistía para los prisioneros políticos, libertad de prensa y más escuelas para los nativos, en vez del final del imperio. No mucho después, Messali Hadj tuvo que ser presionado por el PCF para que la libertad de Argelia pasara a ser una de sus principales reivindicaciones. Para muchos migrantes las cuestiones económicas eran más importantes de lo que podía parecer la remota perspectiva de la independencia. Los trabajadores argelinos en Francia no podían recibir ayudas para los hijos si estos vivían en Argelia, ya que, desafiando a la ortodoxia constitucional, estaba considerado un país «extranjero». Los soldados retirados también recibían pensiones más bajas que sus homólogos franceses. Los migrantes esperaban que sus organizaciones lucharan por esas cuestiones inmediatas.

Pocos de estos activistas pudieron haber previsto los salvajes conflictos que iban a estallar en Indochina y Argelia a partir de 1945. Posiblemente si Francia hubiera hecho algunas concesiones puntuales en la década de 1930, esas horribles guerras podrían haberse evitado. Pero el imperialismo francés estaba demasiado enraizado y la corriente política dominante –incluyendo a la mayor parte de la izquierda– estaba totalmente comprometida con mantener el dominio imperial. Los nacionalistas constitucionales vietnamitas estaban a favor de una gradual transición hacia la independencia, basada en los principios de los derechos universales representados por la República francesa. Las autoridades respondieron cerrando sus periódicos y calificándolos de «agitadores antifranceses». De ese modo, el imperialismo francés eliminó el terreno para las posiciones moderadas y dotó de protagonismo a los elementos más radicales. Al rechazar y reprimir a aquellos que defendían una reforma moderada, París pavimentó el camino para un futuro más sangriento.

Deberíamos agradecer a Goebel un estudio que aclara considerablemente las raíces del antiimperialismo de la posguerra y que facilita nuestro entendimiento de la problemática era de la descolonización en Francia. Pero si el autor ha abierto algunos importantes campos de investigación, no ha desarrollado el análisis definitivo. Por mi parte tengo dos reservas en especial que hacer sobre su aproximación. En primer lugar, sus principales fuentes de documentación son archivos del gobierno y de la policía. Nadie puede dudar del valor del material que se puede encontrar en esos archivos e historiadores como George Rudé han hecho una valiosa utilización de ellos. Sin embargo, como admite el propio Goebel, hay problemas con esta clase de registros: por encima de todo, las perspectivas y los prejuicios de aquellos dedicados al trabajo de vigilancia. Los policías que vigilaban a los activistas migrantes tenía poca comprensión de lo que estaban haciendo realmente sus víctimas y sus percepciones estaban a menudo distorsionadas por el racismo y las posiciones anticomunistas. También estaban rígidamente inmersos en la mentalidad imperial. Ni la policía ni sus amos políticos barajaban la posibilidad de que el imperio francés pudiera desmoronarse en los veinte años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Aunque Goebel no comparte la miopía de sus fuentes y es bastante cauteloso en cuanto a introducir sus propios valores políticos, a menudo muestra una actitud poco menos que de total empatía con sus sujetos, hablando por ejemplo de los migrantes activistas como «empresarios etnopolíticos». *Le paria* y los posteriores periódicos comunistas y antiimperialistas atrajeron a algunos escritores de mucho talento. Hubiera sido mejor para Goebel dejar que se defendieran ellos solos con sus propias palabras en vez de presentarlos a través de las observaciones de los espías de la policía. Un estudio de la prensa antiimperialista de entreguerras sería una valiosa contribución para nuestro entendimiento de ese periodo.

En segundo lugar, Goebel a menudo es insuficientemente riguroso en su aproximación a la cronología y periodización, tomando los años entre 1918 y 1939 como un único bloque y saltando de un fecha a otra, lo cual resulta poco afortunado, porque durante esas dos décadas el principal protagonista político del que se ocupa, el PCF, sufrió una marcada evolución, tanto en su línea política como en la composición de sus miembros. El recién fundado PCF de principios de la década de 1920, cuando se lanzó *Le paria*, era una viva aunque algo errática organización con significativas divergencias internas. Muchos de aquellos que desempeñaron un papel clave en la fundación del partido y en su construcción durante los primeros años, especialmente aquellos de procedencia sindicalista, desaparecieron posteriormente a medida que creció la influencia, primero de Zinoviev y después de Stalin; como resultado han quedado en gran medida cancelados de la historia. Lo mismo sucede con varios de los más destacados activistas antiimperialistas.

El periodo del Frente Popular, una década más tarde, fue muy diferente. El PCF estaba ahora firmemente bajo el control de Moscú y su principal prioridad era el antifascismo. Como muestra Goebel, la comunidad migrante en París tuvo su papel en las grandes movilizaciones contra el fascismo y en apoyo al Frente Popular, pero la subordinación de todas las demás tareas políticas a este imperativo comprometió gravemente el antiimperialismo del PCF: por ejemplo, dejó de reclamar la independencia de Argelia. Para aquellos que procedían de los territorios coloniales las cosas resultaban diferentes. Los trabajadores franceses se oponían de forma bastante natural al fascismo porque suponía la destrucción de derechos y libertades duramente ganados, pero los sujetos coloniales no disfrutaban en gran medida de esos derechos y libertades y la abrumadora preocupación por el antifascismo no reflejaba de la misma manera sus intereses. Sin una percepción de la evolución del PCF, el argumento sobre las relaciones entre el partido y los diversos movimientos a favor de la independencia colonial cae con demasiada facilidad en una discusión del nacionalismo y el comunismo como modelos abstractos. No obstante, Goebel ha revelado un material fascinante; esperemos que sea un estímulo para nuevas investigaciones.



# NEW LEFT REVIEW

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

## Para España

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número  
enviados a una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

## Para Europa

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a  
una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

## Resto del mundo\*

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a  
una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

\* Excepto en la República del Ecuador. Para dicho país deben contactar con el Instituto de Altos Estudios Nacionales - IAEN (<http://iaen.edu.ec>)

## Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:

<http://traficantes.net/nlr/suscripcion>

Para cualquier duda podéis escribirnos a [nlr\\_suscripciones@traficantes.net](mailto:nlr_suscripciones@traficantes.net)